

EL BELLO SEXO.

SEMENARIO CIENTÍFICO-LITERARIO

DEDICADO Á LA MUJER,

Y DEFENSOR DE LOS INTERESES DE LA FAMILIA.

PRECIO DE SUSCRICION.

En Alicante, 0'50 pesetas al mes.
Fuera de la capital, 1'50 trimestre.—Pago anticipado.—Anuncios á precios convencionales.

PROPIETARIO Y ADMINISTRADOR,

JOSÉ BERNABEU GONZALEZ.

PUNTO DE SUSCRICION.

En la Administracion y Redaccion, calle de San Pascual, 12, donde se dirigirá toda la correspondencia. No se devuelven los originales.

EL BELLO SEXO.

Sábado 2 de Setiembre de 1882.

LA COQUETA.

Mucho se ha escrito acerca de la coquetería, así que hablar de ella equivale á añadir una gota de agua á la inmensidad de los mares. Sin embargo, como se presenta con tan diversas y variadas fases, nos proponemos agregar unas ligeras observaciones á las infinitas que otros más competentes han hecho ya.

La coqueta debe ser estudiada muy atenta y detenidamente, si queremos obtener un antidoto que salve nuestro corazón de sus venenosas asechanzas y sea útil á la generalidad de los humanos, evitando los daños que moralmente causa.

Hay corazones formados, sin duda alguna, para amar, en los cuales la pureza y profundidad de los efectos adquieren inconmensurable desarrollo é incomprendible magnitud, siendo insuficiente el tiempo y las decepciones para hacerles desaparecer; tal es la verdad y la fuerza que los anima.

Corazones de esta naturaleza no tienen más alternativa que la realización de su anhelo, ó la muerte moral á que los arrastran los crueles desengaños.

Un corazón tierno y sensible, en manos de una coqueta, está espuesto á sufrir moralmente terribles tormentos, más terribles que los que pudieran producirles las aceradas garras de un cuervo al destrozarle físicamente.

Los males físicos tienen su término más ó menos pronto, bien por la curación, bien por la muerte, que es el reposo absoluto. Los males morales jamás desaparecen radicalmente; su dolor es de una intensidad irresistible, es refinamiento de la tortura y una agonía eterna.

El corazón de la coqueta, en cambio, es insensible é incapaz de abrigar ningún afecto íntimo y durable: es refractario á los nobles y delicados sentimientos: no concibe la pureza y ternura de las almas educadas para el amor.

La coqueta, con la horrible frialdad de su alma estéril, domina los corazones puros, despierta los sentimientos y excita las pasiones á su capricho.

Los corazones tiernos, dominados por una coqueta, son como los soldados de plomo en manos de un niño travieso; sirven de entretenimiento por algunos instantes y pronto son arrojados con desden ó destrozados sin piedad.

En la mujer que no sea coqueta, el corazón domina la cabeza; los sentimientos se sobreponen á la razón; la conveniencia y el cálculo sucumben al arrebatador empuje de sus impresiones.

En la coqueta sucede precisamente lo contrario.

La conveniencia y el egoísmo dirigen todas sus acciones, arreglando la conducta á lo que su interés le dicta.

Esto es desconsolador. La mujer, á

quien soñamos como la imágen sublime del sentimiento, del candor y de la ternura, pierde todos sus encantos si supedita sus afectos al cálculo: aseméjase entonces á la inanimación de una estatua de mármol.

Hay coquetas de varias clases. Unas parece que nacen ya con esa propensión: la coquetería es para ellas como cosa natural: forma en ellas el carácter. Estas, indudablemente tuvieron modelos en su cuna. Si son hermosas, causan de seguro mucho daño por efecto de su volubilidad esencial, pero rara vez destrozan un alma á sabiendas, ni dan inconsiderado pábulo á pasiones con deliberado propósito de no corresponderlas.

Prefieren la franca manifestación de su indiferencia y se satisfacen con su vanidad: ni se impresionan, ni tampoco impresionan; ni sienten el placer del amor, ni lo hacen sentir: son como estrellas lejanas, que se las puede mirar sin que deslumbren los ojos.

Otras mujeres son coquetas por estudio. Estas se proponen con tenaz empeño cautivar la atención de los hombres, y una vez conseguido, se hacen dueñas de su corazón, dejándoles entrever la posibilidad de ser correspondidos. Cuando ya pueden contarlos en el número de sus adoradores obligados, se divierten en entretenerlos, dudando siempre por cuál han de optar; siempre pareciéndoles pocos y no completamente de su gusto, causa por la que nunca acaban de decidirse. Así pasan lo mejor de su vida entre la duda, el temor de elegir mal y el sentimiento de dejar los que quedan.

La coqueta por cálculo, por frialdad de corazón, es más temible por sí sola que todas las otras juntas. Esta, por su hermosura y la flexibilidad encantadora de su carácter, se capta todas las simpatías, se atrae la general admiración y cautiva á cuantos la rodean.

Sus sonrisas seductoras, sus persuasivas miradas, sus volubles movimientos, su excitable actitud, su amena conversación, el dominio que sobre sí tiene, la indiferencia con que todo lo mira, la duda ó ignorancia en que se halla de las grandes pasiones, y la necesidad que siente de avasallar todo á su antojo, son en la coqueta de este género, circunstancias que la libertan del imperio del amor á que están sujetas las demás mujeres.

Su capricho por infundado y extravagante que sea, es ley. Su dominio se extiende á cuantos abrigan un corazón impresionable, que son los más, y á aquellos que en la inocencia de su petulancia aspiran á enseñorearse de los corazones de estas peligrosísimas sirenas, aconteciendo que quedan presos en las redes con que creían cautivarlas.

Si existe criminalidad en el amor, puede imputarse á la coqueta de esta clase. Como su alma es insensible á todo afecto tierno, finge pasiones vehementes, no tardando en abandonar sus amantes á la desesperación cuando el hastío le hace

buscar ídolos más gratos á su descontentadizo corazón.

Poco le importa que el infeliz á quien hizo entrever la dicha, mintiéndole amor ó dándole esperanzas perezca luego á la intensidad de su dolor. Ella obedece á la tendencia natural de su coquetería, y nuevos triunfos, que significan otras tantas víctimas, marcan su funesto paso por donde quiera.

Unas veces altivas, otras humildes; ya apasionada ó ya esquiva, según convenga; ora risueña, festiva, bulliciosa; ora desconsolada, triste, melancólica; germen de felicidad ó de desdicha; maliciosa ó llena de candor; mordaz, sarcástica é incisiva, ó afectuosa; sencilla y modelo de ternura; cuantas formas, caracteres y sentimientos, en una palabra, desea adoptar ó fingir, otros tantos representa con admirable maestría, sin que se agote jamás el poder invencible de su coquetismo.

La coqueta, por otra parte, no siempre obtiene el resultado que anhela. Lo general es que después de haber atormentado á muchos con sus desdenes, siendo el ídolo de la impresionable juventud, lo mismo que de la reflexiva ancianidad, pierda el brillo de su hermosura, desaparezca el talismán con que encadenaba los corazones, y resulten infructuosos sus tardíos esfuerzos para recobrar el dominio pasado, agostándose como la hermosa flor falta de rocío, al acercarse á los últimos días de su juventud, que le anuncian su prematura cuanto enojosa vejez.

En este período de su vida, es preciso compadecerla más bien que alegrarse del castigo que la naturaleza se encarga de aplicarle con su severa inflexibilidad.

Si hay expiación completa de un crimen, pues que crimen es causar la desdicha y la muerte moral de muchos corazones, lo experimenta, en todo lo inmenso de su crueldad, la irreflexiva coqueta.

Los remordimientos, como siempre ocurre, sobrevienen cuando el mal está hecho, y por tanto es tarde para remediarlo, quedando sólo en su alma dolorosos recuerdos y un padecer eterno.

Los que tienen bastante dominio sobre su corazón, esos para quienes no existe en el mundo nada capaz de hacerles perder su indiferentismo, son los únicos que pueden poner algún valladar á las terribles imposiciones de las coquetas. Cuando estas encuentran en su camino un sér de tales condiciones, sucumben á su amor propio ofendido, á su presunción herida, cambiando, según sean las circunstancias, de conducta y condición, ó siendo la víctima de ellos. Hasta este punto llega la experiencia del mal en cabeza propia, el orgullo lastimado ó la mente ofuscada, ya que no sea el amor, aunque no es lo general.

Difícil es precaverse contra la coquetería de una mujer. El medio más eficaz es la indiferencia, aunque sea fingida, y una fuerza de voluntad extraordinaria. Así, ó se cura uno de su pasión, quedando por

consiguiente libre de los artificios de la coqueta, ó la hace doblegarse ante el irresistible deseo de ver encadenar á su existencia al que fué invulnerable contra los tiros de su coquetismo.

Costoso es dominar las poderosas pasiones que combaten constantemente el corazón humano; pero nada es imposible en la tierra, si una voluntad enérgica y decidida dirige nuestras acciones. El mas inexorable destino puede ser cambiado por el propósito del hombre. La empresa mas arriesgada, la mas colosal, se lleva á cabo con el esfuerzo, la constancia y el poderio de la reflexion.

El poder de la coqueta es incalculable; no obstante, quien sepa combatir, logrará dominarlo y verá rendida á la que creyó invencible.

Si tal sucediera ¡ay de las coquetas! Concluido su reinado renacería en las almas el amor puro con todo su esplendor para hacer la felicidad de los muchísimos que la pierden ante los sortilegios irresistibles de la coqueta.

DELIRIOS DE UNA LOCA.

LEYENDA FANTÁSTICA.

Fragmentos de un libro. (1)

Soy hija de un buen hidalgo que vivía cerca del mar. Éramos seis hermanas, y en mi casa, si bien no abundaban las riquezas, en cambio reinaba la paz y el amor, que constituyen la mas completa felicidad.

Nuestros padres estaban orgullosos de sus hijas, y nosotras, con nuestros cuidados y caricias, procurábamos aumentar cuanto nos era posible su dulce satisfaccion.

Llegamos á la edad de la adolescencia, sin que el mas leve disgusto turbára la tranquila vida de nuestro hogar.

Los mas apuestos galanes vinieron á suspirar al pié de las rejas de la casa solariega que habitábamos, solicitando nuestro amor. Cuando en grato consorcio tratábamos todas acerca del hombre que cada cual habia de elegir para esposo, éramos de distinto parecer. Aurelia soñaba con el más hermoso; Elvira, con el mas rico; Leonor, con el mas valiente; Ada, con el más noble; Elena, con el más sábio, y yo.... yo soñaba con el más amante, nada me importaba careciese de hermosura, riquezas, valor, nobleza y talento; solo amar y ser amada era mi bello ideal.

Muchos pretendientes tenia, pero yo desdeñaba á todos, porque no me parecia ver en ninguno, el amor purísimo que mi alma anhelaba.

Por fin, Anatolio, un bizarro jóven que moraba en una cercana quinta conocida por *la casa de las sombras*, me dió tantas y tantas pruebas de su cariño sincero, que me decidí á corresponderle.

Mi rendido amante era huérfano; su madre murió al darle á luz, y su padre, como buen guerrero, peleando contra los moros.

Solo en el mundo y sediento de cariño, me amó con delirio. Yo, al ver realizados mis hermosos sueños, me creí la mujer más feliz del universo, y tambien le amaba con toda ni alma.

Poco tiempo despues de conocernos, un sacerdote bendijo nuestra union. Por la noche abandoné la casa solar de mis queridos padres, y me trasladé con mi amante esposo á habitar la de las sombras. Al penetrar en un elegante salon, nos salió al encuentro una estraña mujer, que con afectada solicitud me tendió los brazos, y

oprimiéndome contra su pecho me lanzó una irónica mirada que me hizo retroceder involuntariamente; el rayo de sus pupilas, penetrando en mi corazón cual acerado dardo, me habia herido mortalmente.

Disimulé todo lo más que me fué posible la desagradable impresion que la tal mujer me causó, y correspondí á sus caricias lo mejor que pude en medio de mi turbacion.

—Anatolio,—dije á mi esposo cuando nos quedamos solos—¿Quién es esa dama?

—Es mi alma—me contestó.

—¿Tu alma! imposible! esa no es tu alma bella que tan cariñosas miradas me dirige por medio de tus espresivos ojos que tanto me deleitan.

—Tienes razon, Lambra mia,—dijo mi esposo rodeando mi cintura con sus nervudos brazos.—pero has de saber que yo tengo dos almas.

—¿Dos almas!—esclamé asombrada.

—Sí; una que viene conmigo, que dá vida á mi cuerpo, y otra que mora aquí, que es la que has visto, la que en mi ausencia tendrás por compañera.

—¿Oh! vivir aquí conmigo esa mujer, no puede ser, yo no lo quiero, Anatolio mio; por nuestro eterno amor te lo pido, te lo ruego; haz que inmediatamente abandone esta casa, si hemos de ser felices en ella.

—¿Imposible! no está en mi mano hacer lo que dices.

¿Oh! Anatolio, no seas cruel conmigo, llévame pues siempre contigo, yo te seguiré doquier vayas, pero no me obligues á quedarme con esa mujer que tan antipática me es; ó al menos, déjame tu alma buena.

—Repito que me pides un imposible. Esa dama que has visto será tu eterna compañera, como lo es mia.

—¿Es estraño lo que oigo! ¡Oh Dios mio! mi razon vacila; dadme fuerzas para soportar y comprender cuanto me pasa. Pero nó, no puedo concebir que sea verdad lo que me dices; Anatolio, tu me engañas, tu no me quieres cual yo creía, tu ocultas otros amores, la presencia de esa mujer aquí me lo prueba, no es tu otra alma, eso no puede ser, solo tenemos una.

Y fuera de mí, cual una loca, corrí en busca de mi rival, dispuesta á despedazarla con la fúria de mis celos.

—Lambra mia, querida esposa, cálmate,—decia mi Anatolio corriendo tras de mí, y cogiéndome al fin.—Perdóname, continuó,—te amo tanto, que el temor de que no accedieras á nuestra union al saber la existencia de mis dos almas, me ha quitado el valor para hacerte antes esta declaracion. No temas; con mi amor constante y fiel recompensaré con creces cuanto sufras por mí. Resignate, Lambra hermosa, ámame mucho cual yo te amo, y así te serán menos sensibles los tormentos que mi alma mala te haga sufrir,—y sintiendo en mi frente el fuego abrasador de un ardiente beso, quedé arrobada por dulce deleite en brazos de mi amante esposo.

(Se continuará.)

EL DINERO,

Sueño vertiginoso de la humanidad que corre tras su posesion, como si de él dependiera la felicidad humana.

¿Cuántos crímenes, cuántas infamias y cuántos dramas sangrientos han tenido lugar en el mundo por adquirir el dinero!

El avaro sueña con su tesoro, y la imaginacion le presenta constantemente al ladron que acecha el momento oportuno para despojarlo de aquel metal, que forma parte de su existencia.

El usurero tiene sobre la humanidad su mirada de garduña pronto á lanzarse

sobre su presa y dispuesto á arrebatarse hasta su misero lecho, si no le devuelve con increíble aumento la exigua cantidad que le prestó.

La mujer ansía el dinero para engalanarse con ricas galas y costosas joyas, cubrir su rostro de cosméticos y llenar sus cabellos brillantes, sin reparar el precio, siendo muchas las que por satisfacer sus caprichos no reparan el medio de adquirirlo.

El capitalista suda y se afana ofuscado por el brillo de los millones, y muchas veces la ruina y el infortunio son el justo castigo de su desmedida ambicion.

Los egoistas le emplean en proporcionarse la vida del sibarita, sin acordarse de los infelices que carecen de lo estrictamente necesario para vivir. Mas ¿qué importa? goce él de cuantas comodidades proporciona el dinero: que el resto de la humanidad viva ó muera, para él es asunto de poca monta que en nada le afecta mientras no venga á cercenarle uno solo de sus placeres materiales.

El ladron que roba, por no adquirir con el trabajo lo que necesita para su subsistencia, vive en lucha abierta con la sociedad, á la cual ha declarado la guerra, dispuesto siempre á privar de la vida á sus semejantes, si en el momento del crimen le sirven de estorbo para llevarlo á cabo. Rara es la vez que no cae bajo la accion de la ley; entonces esta le hace pagar con castigos severos su amor al dinero ajeno.

El holgazan desea tambien el oro, pero sin moverse, sin hacer esfuerzo alguno que le canse y moleste; más como no es posible que le caiga del cielo el dinero, como el maná del desierto, la miseria y la abyeccion son los dos puntos extremos de este fatal vicio.

El jugador entrega su alma y su vida á tan fatal pasion, olvida á su familia, se burla de la honradez, y solo tiene valor para él el medio que le proporciona el dinero para pasar horas, noches y dias sobre el tapete, siguiendo anhelante y con el corazón comprimido los azares del juego adverso las más de las veces. Su cabello blanquea pronto, sus facciones, por efecto de las contracciones que sufre á impulsos de la innoble pasion, se arrugan prematuramente, y su semblante adquiere cierto tinte sombrío que le hace repulsivo á la vez que inspira lástima y compasion.

Hasta aquí los que sueñan con el oro para con él satisfacer pasiones vituperables.

Veamos ahora los que lo buscan con el noble objeto de cumplir con los deberes de hombres dignos y honrados.

El hombre de ciencia consagra todas sus facultades, emplea su inteligencia en descifrar los secretos que la naturaleza avara se deja arrancar con sumo trabajo, y cuando el sábio ha conseguido á fuerza de estudio y paciencia el logro de sus afaneos, adquiriendo por este laudable medio un pequeñísimo estipendio, que no recompensa ni con mucho su improba tarea, una sonrisa de satisfaccion pura se dibuja en sus labios, y su noble frente se despeja al ver que no han sido vanos sus esfuerzos para ganar aquel oro, sin el cual, le seria imposible satisfacer sus más pequeñas necesidades ni conseguir los resultados científicos que con tanta perseverancia busca.

El artista sueña con la gloria; pero como es un mortal, y por lo tanto no tiene el privilegio de vivir de distinto modo que el resto de los hombres, piensa en el dinero y por él trabaja, no como término de sus aspiraciones, sino como medio de poderlas llevar á cabo.

El artesano se dedica con ardor al trabajo un dia tras otro dia para comprar á su esposa é hijos el pan cotidiano, vestir-

los, educar á su tierna prole y estudiar el medio del ahorro con el fin de prepararse contra los accidentes imprevistos que la desgracia presenta con demasiada frecuencia; este hombre cuando se acuesta y ve alegre y risueña á su familia, se duerme con el sueño de la honradez, reservado únicamente á los hombres que se contentan con su posición, sin aspirar á usar de medios violentos para penetrar en esferas que están fuera de su alcance.

El labrador, el bracero, todos los hombres en fin, que trabajan y se afanan durante muchas horas del día, son más felices cuando ven entre sus manos el fruto de sus rudas tareas, que el potentado aburrido de la vida, y hastiado de placeres, holgazan por hábito, egoísta por instinto y altanero por condición.

Para unos y otros sirve el dinero; pero mientras los primeros forman un Dios del oro, los segundos no le aprecian más ni le consagran otra atención que la que se merece, puesto que sin él no puede adquirirse lo que en la vida se necesita, siendo preciso poner los medios á fin de ganarlo honradamente.

Este es el dinero; como valor absoluto, no tiene ninguno, pues á quien se encontrase en un desierto sin agua y sin víveres y con la mano llena de oro, este metal no le alimentaría ni apagaría su sed; su importancia es relativa, convencional; como metales raros, el oro y la plata han sido dedicados principalmente á la moneda, y ésta, en pequeño volumen, hace á un hombre rico, ya que no puede asegurarse que le da felicidad.

La dicha no la proporciona el dinero: sería un agravio á la Providencia, y nosotros protestamos de este aserto, si hay alguien que se atreva á sostenerlo.

Magnífico, en verdad, era el aspecto

que presentaba el Teatro Principal el lunes último, con motivo de celebrarse en tan elegante coliseo el anunciado *meeting* en favor de nuestra marina militar. Los palcos y plateas, ocupados por gran número de elegantes damas, daban con su hermosura mayor realce á tan solemne acto, que por largo tiempo dejará grato recuerdo para los alicantinos.

La comisión organizadora ha demostrado, con su actividad y buen gusto, el entusiasmo con que ha desempeñado su cometido.

La fachada del suntuoso edificio, el átrio y el escenario sobre todo, presentaban un aspecto magnífico.

Unido esto á los patrióticos discursos que se pronunciaron, hizo que el inmenso público saliera vivamente impresionado y satisfecho de tan solemnísimas veladas.

¡Cuántos sentirán ahora no haber sido galantes con la Junta organizadora correspondiendo á su invitación, ocupando las sillas que aparecieron en el escenario!

Además hubieran cumplido con el pueblo y la patria.

Lo acordado por aclamación, fué adherirse á los acuerdos de la Junta de Madrid, y nombramiento de Junta delegada de la Nacional, siendo elegidos los señores Aguilera, Muñoz, Rojas, Leach, Miralles, Faes y Sanchez Palacios.

La huerta de Alicante ha sido siempre el punto de reunión de la buena sociedad de esta capital, y de varias familias forasteras, que durante los meses de estío acuden allí á disfrutar de la amenidad de su temperatura y los encantos de su fértil suelo.

Este verano han variado las cosas, y lo que antes era un paraíso, se ha convertido en la actualidad en un lugar mal sano

y peligroso, siendo rara la casa donde no existan, dos, cuatro, y hasta seis enfermos, atacados de fiebres intermitentes.

Se nos ha dicho (ignorando lo que pueda haber de cierto) que estas fiebras reconocen por causa *emanaciones palúdicas* de unas zanjas que existen abiertas y con agua estancada, en una finca de un conocido hacendado de esta capital.

¿No habría medio de que por los encargados de velar por la salud pública, se tomaran las medidas sanitarias convenientes, á fin de averiguar la verdad de lo que se dice, haciendo desaparecer la causa que origina los males que lamentamos?

Creemos que el asunto merece fijar seriamente la atención de las autoridades.

LUCHAS DEL ALMA.

Madre, parto de tu lado
y será la ausencia larga,
—¿A dónde vas, hijo mío?
—Voy huyendo de una ingrata
que con mentidos amores
ha envenenado mi alma;
y por mas que lucho ¡en vano!
¡aquí no puedo olvidarla!
—¿Y por eso me abandonas,
sin pensar que soy anciana
y que sin tí mi existencia
será muy breve y amarga!
¡Ten compasión de tu madre!
¡hijo mío, no te vayas!
—Perdóname, madre mía,
imposible es que no parta;
perdóname si te aflige
el hijo de tus entrañas,
pero es preciso partir
aún á costa de tus lágrimas.
Dame, pues, la bendición
que espero, madre, á tus plantas.

Abraza la madre al hijo,
sollozando, desolada;

— 146 —
rústico labriego en la habitación de su amada, que unido esto á la convalecencia en que aún se hallaba, le sobrevino una terrible recaída, y en su delirio, se abrió de nuevo la fresca herida; por lo que tuvo que seguir ocupando la habitación de la desgraciada Adriana.
Su estado imponía serios cuidados, pues el deshonor de su amada había trocado en amargura la felicidad de su corazón.
Por esta causa ignoraba aún Horacio la doble desgracia de la joven: su mudé. La marquesa había prohibido terminantemente que se hablase de ella al artista, y todos, incluso el infeliz Marcelino, obedecían ciegamente á la señora.
Diez días habían trascurrido desde aquella noche fatal en la que tan sin compasión fué calumniada la pobre Adriana, cuando una mañana Horacio, que más repuesto de sus dolencias ya se levantaba, se sentó en un sillón junto á una reja, por la cual trepaba una

— 147 —
frondosa pasionaria plantada por las delicadas manos de la hechicera campesina.
La vista de aquella verde cortina trajo á la memoria del pintor la historia de la planta, cuya existencia debía á la infeliz joven que entonces sufría los más despiadados rigores del infortunio.
El artista, con su compungido semblante demostraba la inmensa tristeza de su alma, y fijando sus melancólicos ojos en el retrato de la hermosa labriega, copia fiel que él mismo hizo del precioso original, en días más felices, dijo:
—¡Adriana! ¡Adriana! Yo que en medio del inmenso amor que por tí sentía, y en mi loco frenesí te había erigido un altar en mi pecho, siendo tú la bella imagen de todas mis ilusiones, dignamente adorada y mas querida que mi propia existencia; yo que te tenía por la más virtuosa de las vírgenes, y has sido tan débil con ese imbécil de Martin, como lo hubieras podido ser la más vulgar y ruin mujer!

CAPÍTULO XVII.

A la luz de la luna.

La maleta arrojada, los lienzos empacados, todo lo tenía dispuesto Horacio para partir al día siguiente. Pocos horas le quedaban para contemplar el magnífico panorama que aquellos campos presentaban.
El astro de la noche esparcía sus pálidos rayos sobre la tierra, haciendo más fantástica la vista de aquel frondoso vergel. Eso silencioso

— 150 —
— Sé cuán doloroso lo que me ha pasado, pero no me arrepiento. Por mi parte me quedo, pero no me arrepiento. Por mi parte me quedo, pero no me arrepiento.
— Clotilde, os lo prometí el otro día, y ahora os lo vuelvo á repetir.
— Me satisface vuestra promesa, Horacio.
La marquesa ponía en juego todos cuantos medios creía convenientes para separar al artista de la bella Adriana, y, como vemos, lo conseguía, procurando al propio tiempo quedar en buen lugar.
Sólo Martin sabía lo infame que era Clotilde; pero callaba, porque lo esperaba todo de su imaginación maquiavélica.

quiere hacerle nuevas súplicas, mas le embarga la palabra el profundo sentimiento que su corazon traspasa. Muéstrase el hijo tranquilo; ni una lágrima derrama, pero está pálido y frio como una marmórea estatua. Pasados unos momentos, solo el silencio turbaran los dolorosos suspiros que la pobre madre lanza. Despues, con trémula mano, del suelo al hijo levanta, y con ademan resuelto, aunque el alma atravesada, así le dice:

—«Hijo mio; mi vida á su ocaso rápida camina; la nueva aurora tal vez á ver ya no alcanza: espera; cierra mis ojos, tribútame algunas lágrimas, depositame en la tumba y despues tranquilo marcha, y cuando olvidar consigas á la que tu duelo causa, vuelve, y sobre mi sepulcro dí tan solo estas palabras —Nadie, nadie en este mundo como mi madre me ama.

Dijo; un ósculo en la frente le dió al hijo de su alma, y, con tardo y vacilante paso, se marchó á su estancia. El hijo, quedóse inmóvil; turbábase su mirada, y su pecho, antes tranquilo, con violencia palpitaba. Así permanece un rato, cual si la accion le embargaran sus terribles sentimientos y el peso de su desgracia. De pronto fúnebre idea su mente al cruzar abraza; vuela donde está su madre y halla la puerta cerrada..... «Abre, madre de mi vida,

abre, que tu hijo te llama y viene á pedir perdon; ya de tu lado no marcha... ¿No respondes, madre mia, al hijo de tus entrañas...? Así dice, pero ¡en vano! nadie contesta á sus ansias. Pugna por abrir la puerta; grita, alborota la casa; acuden varios vecinos; preguntan cuál es la causa de su dolor, y su angustia les cuenta en frases muy rápidas; le prodigan mil consuelos; de nuevo á la puerta llaman, mas nadie dentro contesta, y la puerta descerrajan.....

Al entrar, al pié de un Cristo que adornaba aquella sala, vieron tendido en el suelo el cadáver de la anciana.....

Muéstrase el hijo tranquilo; ni una lágrima derrama, pero está pálido y frio como una marmórea estatua.....

.....Por fin se acerca, la mira, con solicitud la llama..... y de súbito, lanzando estridente carcajada, vuélvese y dice á la gente: «Piensa madre que me engaña, mas nadie, nadie en el mundo como mi madre me ama, y ahora contestar no quiere, que conmigo está enojada.....»

con precaucion los vecinos de aquella sala le sacan, y, sin violencia, al instante se le llevan á otra casa..... —Loco está— todos repiten... —Trastornaron su razon horribles luchas del alma!

A la mañana siguiente, al tañer de las campanas, condujeron el cadáver á la última morada.

En tanto el pobre demente al médico preguntaba: ¿Verdad, doctor, que es posible que me olvide de la ingrata que con mentidos amores ha envenenado mi alma? ¿Verdad que nadie en el mundo como mi madre me ama?

Pasaron algunos dias: el pobre no recobraba su razon, y horribles vértigos sin cesar le atormentaban.....

Por fin la Parca benigna cortó su existencia amarga; y en sus últimos momentos, con razon lúcida y clara dijo: «Me voy con mi madre, que allá impaciente me aguarda.

Si la teneis aun con vida los que me oís, veneradla, PORQUE NADIE EN ESTE MUNDO COMO UNA MADRE NOS AMA.

A. Soldevila.

Á ELLA.

DESVARÍO

No te comprendo. Tus hermosos ojos Enseñan el placer al alma mia.....

¡Pero tienen antojos Que sin piedad me roban la alegría! De tu argentina voz la melodía Inunda al corazon de sentimiento,

De mágica poesía..... ¡Pero á veces produce mi tormento! No te comprendo, no. Tu amor ansio, ¡Pero en vano tal vez...! Por esto arguyo Que es triste desvarío

Alimentar el mio, Si es que no me has de dar jamás el tuyo.

SALVILO DE JANDORELA.

ALICANTE.—1882.

Imprenta de Antonio Seva, Progreso, 5.

— 148 —

En aquel momento entró en la habitacion la hermosa Marquesa, que con suma amabilidad saludó al artista, cuya mano estrechó con efusion, y sentándose á su lado le sonrió cariñosamente.

—¿Cómo os encontráis, Horacio?—le preguntó.

—Bastante bien, mi buena Clotilde—la contestó.

—Entonces pronto os podreis poner en camino.

—Si, dentro de breves dias pienso regresar á la corte.

En el semblante de la marquesa apareció una viva expresion de alegría.

—Horacio, no podeis imagináros cuanto deseo veros lejos de este pais, á donde en mala hora os hice venir.

—Si, Clotilde, tenéis razon; éramos mucho más felices antes de poner el pié en estos lugares.

— 151 —

don. Como no imploro de nadie. El más vivo carmin coloreó las mejillas de la encopetada dama, al ver tanta dignidad en una pobre aldeana. Con igual entereza rechazaba las entrevistas que Martín con decidido empeño la solicitaba. Siempre se negaba á ver ante ella el hombre que tan infamemente la habia robado su nombre.

El aturdimiento amargamente las consecuencias de su vil accion, y con frecuencia tenia entrevistas con la marquesa, quien con sus elocuentes frases siempre conseguia calmar al irreflexivo joven, haciéndole concebir esperanzas que él mismo no comprendia. En fin, fué el único convenio que la altura que habian llegado á alcanzar, consentia en ser su esposa. Martín, dominado por Clotilde, esperaba.

El enamorado Horacio, tal daño recibió en su corazon aquella noche fatal en que vió al

— 149 —

—Pues por eso repito que deso vivamente salgais de aqui, cuanto antes mejor.

—¿Cuán buena sois!—dijo el joven estrechando contra su pecho la mano que la marquesa se dejó coger sin resistencia.— Os he hecho padecer mucho ¿no os verdad?

—No hablemos de eso, Horacio, tiempo tendremos cuando os encontréis completamente restablecido de vuestras dolencias.

—Decidme ¿cómo se encuentran... esa infelicitad?—Ahora ya está perfectamente. Pasados los primeros dias hallaron eco en ella mis reflexiones, y como sabe que los que presenciamos aquella escena no somos capaces de divulgarla, ha recobrado su habitual alegría, y continuamente se ocupa en arreglar su asunto de novia.

Martín, más enamorado que nunca, pasa el dia junto á ella contemplándola con embeloso. El artista dejó escuchar un lastimero suspiro, reclinando su cabeza sobre el pecho.